

*La Familia, los libros y un cuento.
Notas personales sobre la lectura
en el ámbito familiar*

JOSE ANTONIO SOLORZANO PEREZ
Escuela Superior de Ciencias de la Familia.
Valladolid.

«El anciano tenía una cantidad de libros abiertos a su alrededor, como si a un tiempo estuviera leyendo en todos ellos...

— ¿Todos a la vez?— preguntó Mariela. Bueno, yo también suelo leer salpicado porque es más divertido...

— Yo creí que era sólo Jordán quien leía varios libros a la vez— dijo Pablo.

— Un día le pregunté a él por qué lo hacía —dijo Jordán— y me dijo que cada uno de los libros sólo decía una parte de la verdad. Y que así, aislados, no valían gran cosa. Que leer es algo así como cuando se habla, o se camina o se sueña: sólo tenemos fragmentos de algo mayor, que solamente al asociar las lecturas, al combinar nuestros sueños o nuestros caminos, aparece la forma total»¹.

1. MAS ALLA DE LA ANECDOTA

No sin cierto humor, algunos definen la Pedagogía, y por tanto, la Educación, como la «ciencia de las anécdotas». También decimos que la

¹ Rodríguez, O., *La confabulación de los aplazados* (Ed. Susaeta, Buenos Aires 1988) p. 39.

Verdad es la suma de las verdades. Anécdotas, verdades, fragmentos, nos proporcionan una visión parcial de la vida, de las situaciones, de las cosas, de las gentes, pero que con paciencia, intuición y mirada profunda llegaremos a captar una visión más amplia del conjunto. Por eso, bien podemos decir que la vida es, entre otras muchas cosas, una adición de anécdotas. Ellas dan color a la vida y la hace perder el tono gris y monocorde que pretende imponérsenos.

Estábamos un grupo, allá en tierras chilenas, dialogando en torno a la educación, la familia, esos eternos temas donde todos tenemos ideas vagas e imprecisas, cuando una dominica que trabaja desde hace años en la bella ciudad de La Serena, nos contó esta anécdota:

Habían terminado las clases. Era la hora del almuerzo. Los alumnos habían marchado a sus casas. En el patio, sentado en un rincón, estaba un pequeño, esperando impaciente. Tenía 6 años. La dominica se le acercó:

—¿A quién esperas?

—A mi mamá.

—¿Tienes hambre?

—Sí.

—¿Quieres una manzana?

—Mi mamá me dice que hay que aguantar, que si aguanto me haré más hombre.

—Está bien, tu mamá tiene razón. Pero, ¿quieres o no quieres la manzana...?

—Si tú me la das, sí; pero yo no te la pido...

El niño cogió la manzana. Dio las gracias y la comió con dignidad; con la dignidad de quien sabe aguantar.

Quedamos impresionados. Guardamos un cálido silencio... para ir más allá de la anécdota. Por la noche, repasando los apuntes para el día siguiente, no pude menos de copiar el encuentro fortuito entre el niño que ya sabía bastante de la vida dura y la religiosa dominica que no cesaba de aprender con el corazón. Muchas veces me acuerdo de aquel niño. ¿Qué habrá sido de él, que ya desde sus 6 años estaba fundamentando su «ser hombre» en uno de los valores educativos claves: la capacidad de aguante? Nunca, posiblemente, sabrá ese pequeño que aquel escueto diálogo educativo me ha servido como punto de arranque reflexivo en otros muchos encuentros con padres, maestros, jóvenes en las más diversas latitudes donde la calidad de vida es más confortable y donde el hambre no se sacia con una manzana.

¿Anécdota? No; anécdota no: vida real que me ha ayudado como contrapunto educativo a ese verbo tan manejado y conjugado en nuestros ámbitos familiares: «mimar». ¡Cuánto mimo hay! ¡Qué poco aguante! Ya decía Ortega y Gasset: «Mimar es no limitar los deseos, dar la

impresión a un ser de que todo le está permitido y a nada está obligado».

Aquel niño de La Serena bien podía ser el protagonista de esas vidas contadas por el escritor chileno Víctor Carvajal en su libro «Cuentatrapos», Ed. S.M., Col. Barco de Vapor, donde los ambientes, las situaciones son fiel reflejo de casi toda Latinoamérica y de muchos de nuestros barrios. Niños que saben del «aguante», de la dureza de la vida, de la lucha diaria por sobrevivir. Libro que, curiosamente —y ahí está la fuerza arrolladora del verbo «mimar»— no dice nada a nuestros adolescentes más acomodados.

Aunque tanto «mimo» imperante que se traduce en darles a los hijos de todo: nueva cacharrería electrónica, viajes estivales al extranjero, motorización desde tempranas edades, vestuario abundante y nada barato, en fin, esa ansiedad consumista que a todos nos invade, ¿cómo conseguir que «los libros» se conviertan en un elemento culturizador clave en el proceso educativo? ¿Cómo enfrentar tanto «mimo» a la lectura gratificante y dignificadora? ¿Existe una guerra soterrada entre los libros, la lectura y la literatura y el entorno bullicioso y atractivo? Quizá más que dar una respuesta a éstas y otras muchas preguntas que se hacen padres, educadores y amantes de los libros, sólo quepa una postura: hay que «aguantar», hay que esperar a que ellos mismos, los más pequeños, y, sobre todo, los jóvenes, descubran poco a poco la necesidad y atractivo de la lectura.

«Quien se ha familiarizado un poco con el mundo inmortal de los libros entra muy pronto en una nueva relación no sólo con el contenido de los libros sino con el libro mismo.

Hoy día encontramos no pocos jóvenes a quienes les parece ridículo e indigno que en lugar de amar la vida viva se ame a los libros; consideran que nuestra vida es demasiado breve y demasiado valiosa para ello, y, sin embargo, encuentran tiempo para pasarse seis veces a la semana horas y horas en el café y en el baile»².

2. LA PREOCUPACION POR LA LECTURA

Desde hace aproximadamente 10 años, la preocupación por la lectura y la literatura infantil y juvenil ha venido inquietando de manera intensa a los educadores. No sé si a los padres también; me temo que no, aunque ellos no dejan de manifestarte: «Mi hijo no lee mucho. Es listo, sabe usted, pero no le gusta leer». Y uno sonríe —por dentro, claro— al escuchar esa muletilla mil veces repetida: «Es listo, sabe usted, pero no le gusta leer» ¡El concepto «listo» oculta tantas ignorancias e incapacidades! «Muy listo, pero muy vago, sabe usted». Es decir, el niño o la niña no valen gran cosa... y además no les gusta leer.

2 Hesse, H., *Lecturas para minutos* (Alianza Ed. Madrid 1978) p. 79.

¿Qué hacer entonces?

Los padres, con toda su buena voluntad, les compran grandes enciclopedias a plazos; interminables enciclopedias que cuestan mucho y pesan más y que el niño casi nunca consulta porque no sabe manejarlas; porque tienen letra pequeña; porque son artículos largos y farragosos de puro condensados; porque, además, falta justo el que necesitaba en ese momento y hasta dentro de tres meses no llega... Y las enciclopedias pesadas van quedando ahí, muertas y olvidadas en la estantería de la habitación del niño o en la salita de las visitas. Y si no son enciclopedias, son esas colecciones de literatura de los «mejores autores», de las que salen un libro a la semana —¡total, 325 pts!— y que van empolvándose con el celofán puesto y nunca llega a completarse. Sin embargo, pocas veces se compra —o se hace a regañadientes— el recomendado en clase, el que pide el profesor para la evaluación, el aconsejado en la revista escolar, el sugerido por un amigo que lee mucho y dice «¡este libro está superguay!». En fin, que los padres suelen hacer más caso al que anuncia por la «tele» cuando llegan las vacaciones.

Claro está, no todos los padres actúan así. Los hay con auténtica inquietud lectora y se preocupan de que sus hijos tengan en casa los libros suficientes, apropiados a su edad y nivel de conocimientos, para que en cualquier momento encuentren refugio en una buena lectura, cultiven su tiempo de ocio o puedan hacer una consulta complementaria. Hay padres, los menos, que les acompañan a las librerías y saben «perder» (para ganar) un poco de su preciado tiempo adulto, o que les acompañan a la biblioteca pública y van a buscarlos, si es preciso, a la salida. Están también esos padres que «saben regalar» un libro a sus hijos no dejándose guiar exclusivamente por el gusto del dependiente de la librería, quien, la mayoría de las veces, sólo sabe orientar diciendo: «éste se vende mucho», «éste lo recomiendan en el colegio tal o cual», sino que conocen los gustos y preferencias de sus hijos. Estos padres, los menos, saben de la importancia de la lectura en el desarrollo intelectual, psicológico y social. Es fácil adivinar que tal valoración responde también a que ellos mismos leen suficientemente.

Y aquí está la clave fundamental de toda «animación a la lectura» tanto en los ámbitos familiares como escolares: si los niños ven leer a sus padres, si en su casa los libros son algo normal y no objetos extraordinarios, si oyen hablar de libros y escuchan opiniones y juicios sobre lecturas, si los libros no son meros elementos decorativos y, si los libros son algo vivo —un libro llega a convertirse en «alguien»; son muchos «alguien» a la vez, muchas vidas contadas—, con los que uno se topa a cada instante y forma parte connatural de la familia... entonces, los hijos estarán tan familiarizados con su manejo, con su lectura, con su presencia locuazmente silenciosa que cualquier técnica de animación lectora es superflua e innecesaria. Dice cálidamente J. L. Martín Descalzo:

«Yo tuve la gran suerte de empezar a leer mucho desde niño y aún me siguen alimentando aquellas lecturas infantiles. El recuerdo más vivo de mi infancia es el de volver a verme a mí mismo tumbado boca abajo en la galería de mi casa, clavados los codos en el suelo, devorándome no a Juan Centella o al Capitán Trueno, sino a todos los clásicos españoles. Supongo que apenas me enteré de lo que leí; supongo que pasé por todos ellos como sobre mi caballo infantil, pero hoy, al releerlos, se me llenan de resonancias como si ya formasen parte de mi vida y lo más curioso es que, al menos, yo no soy consciente de ninguna lectura que me hiciera daño. Nunca he entendido mucho eso de la gente que pierde la fe o la alegría leyendo. Y supongo que todo es el arte de elegir. Pero en el fondo creo aquello de Benavente, que aseguraba que 'no hay lectura peligrosa: el mal no entra por la inteligencia cuando el corazón está sano'. Tal vez, pienso yo, la diferencia esté entre quien se chapuza en un libro con hambre de aprender y quien entra en él como en una piscina o una cloaca, simplemente para matar el aburrimiento. Chesterton aseguraba que 'existe una gran diferencia entre la persona que pide un libro (tal libro) y la persona cansada que pide un libro (cualquiera) para leer'. Para matar el tiempo casi es preferible encender el televisor, ya que así, al menos, no se deshonra lo que se tiene entre las manos»³.

Por tanto, este tipo de padres y de familias no son motivo de preocupación. Como tampoco lo son sus hijos, pues los hijos de padres lectores, sin necesidad de que sean «muy lectores», terminan leyendo; mejor dicho: comienzan leyendo, siguen leyendo, viven leyendo, aunque pasen por unas etapas más intensas de lectura y otras (de los 14 a los 17 años aproximadamente) más flojas. El dinamismo y estallido de la vida adolescente hacen que el afán de curiosidad que previamente se satisfacía con los libros y el mundo circundante reducido, ahora, al levantar la vista del libro, se descubra la vida en torno desde otra perspectiva e impulsados por todas las transformaciones busquen con avidez respuestas inmediatas fuera de sí. Etapa pasajera en el decaimiento del hábito lector. También es mal síntoma el del chico o la chica que en esas edades sigue excesivamente reconcentrado en la lectura, en los libros, con cierto desdén por el mundo exterior, por la vida de alrededor. Es indicativo de que algo pasa interiormente y los libros son refugio, disculpa y evasión para evitar el choque y el enfrentamiento con el exterior, con la vida social que le produce miedo, inseguridad, afianzamiento en su timidez; no desarrollándose con normalidad su evolución de sociabilidad y apertura. Padres y educadores han de estar alerta cuando se produce ese repliegue excesivo sobre los libros. Puede ser síntoma de algo más profundo. Entonces podríamos hablar de «anomalía o patología lectora», y no porque los libros hagan daño en sí mismos sino porque se han convertido en medicamento de algo que no funciona demasiado bien. Es cierto que hay que respetar los ritmos personales y peculiares de desarrollo, pues no todos los adolescentes tienen que hacer las mismas cosas y seguir los mismos pasos.

3 Martín Descalzo, J. L., *Razones para la esperanza* (Atenas 1984) p. 87-88.

3. TIPOS DE HIJOS LECTORES

De forma muy elemental e inicial podemos hacer una diferenciación de hijos lectores, y, por tanto, también de alumnos lectores. Después, la vida irá perfilando, corrigiendo, añadiendo en cada uno según necesidades, gustos, preferencias y evolución. Con amplitud podemos decir que existen 4 tipos elementales:

1. Los «*muy lectores*» por ambiente familiar o por simple tendencia personal. Son «rara avis» los que no teniendo un ambiente familiar propicio a los libros, ellos leen con avidez; pero si se escarba un poco, es muy posible que se encuentre una causa ambiental que lo propició: unos abuelos parlanchines y buenos contadores de cuentos y viejas historias que les llenaron su mente infantil de sueños, fantasías e imaginaciones; un aya que les narra historias o se las leía. Los muy lectores no suelen ser motivo de preocupación. Sólo necesitan una cierta orientación para ir desarrollando en ellos el «arte de elegir». Sólo precisan «dejarles hacer (leer)» y un ojo avizor para estar pendientes de las tormentas y cambios interiores y la lectura no se convierta en esos casos en la ya puntada «patología lectora».

2. Los «*medio-lectores*», los que leen con cierta asiduidad y que con naturalidad y espontaneidad nace en ellos el deseo de leer, pero necesitan el refuerzo y el estímulo frecuente de sus padres y educadores. No hay que preocuparse en exceso por ellos.

3. Los «*lectores obligados*» o lectores a regañadientes. Los que han hecho de la lectura una mera obligación, ya sea por imposición familiar, ya por obligación escolar. Es difícil y poco común que estos «lectores obligados» lleguen a convertirse en buenos lectores, en lectores asiduos que sepan disfrutar leyendo. Algunos, muy pocos, llegarán por este método a tener un hábito de lectura y a desarrollar una sensibilidad para un poema, un buen libro, un paisaje o una película, pues son muchas otras las cosas en la vida que se les ofrecen para «ser leídas» más allá de lo inmediato. Lo cierto es que la mayoría de la población infantil juvenil o adulta de nuestro país pertenece a este tercer tipo.

Todos los estudiosos de la psicología del desarrollo lector, de la educación, de la literatura infantil y juvenil, constatan que si se desea que un libro no se lea o se haga sin interés, un hábito lector no se desarrolle o una animación a la lectura fracase, conviértase en obligatorio, escolarícese o familiarícese; «conviértase en tarea». Tiene G. Rodari 9 simpáticas propuestas para conseguir que «los niños odien la lectura»⁴. Ello no quiere decir que no se pueda ni se deba trabajar con la Literatura infantil y juvenil en las clases. Lo que pretendo criticar es la excesiva «escolarización» que se ha hecho de textos literarios para la enseñanza de la Lengua. Similar postura defiende el especialista en Literatura

⁴ Cf. Rodari, G., 'Nueve sugerencias para que los niños odien la lectura', en *Sugerencias para una lectura creadora* (Ed. Aliorna, Barcelona 1988).

Infantil y Juvenil, Juan Cervera ⁵. Mi experiencia como profesor durante algunos años me dice que éste es uno de los mejores métodos para conseguir no-lectores.

4. Los «*malos lectores*». No nacemos, dicen, no-lectores. Nos hacemos (hacen) no-lectores. Esto es una verdad a medias, pues comprobamos cómo en una misma familia un hijo es muy lector y estudioso y otro, todo lo contrario: mal estudiante, mal lector, y, casi seguro, ambos ha recibido las mismas motivaciones, la misma educación, los mismos medios y, en cambio, los resultados difieren. ¿A qué es debido esto?, preguntan continuamente los padres. Las respuestas pueden ser muy variadas. Lo más sencillo y lógico es constatar la pluriformidad de vidas, intereses, etc.; pues bien sabemos que ni todo es educación e influencia ambiental, ni todo es determinismo hereditario.

Nos dicen los psico-pedagogos que aquellos niños que entre los 8 y 11 años no han desarrollado un gusto por la lectura, difícilmente adquirirán hábito lector una vez entrados en la adolescencia y juventud. Son muy pocos los que posteriormente se sentirán «naturalmente» inclinados a una lectura habitual. De ahí la importancia que los especialistas en Literatura infantil y juvenil y los educadores en sus clases, conceden a los primeros años de infancia en la motivación lectora.

4. LEER, PENSAR, VIVIR... ¿ACASO NO ES LO MISMO?

«La vida es intraducible. Por esto las aclaraciones de los diccionarios, excepto cuando explican utensilios, siempre nos dejan insatisfechos.

Queda el recurso de pedirles prestados sus ojos a los poetas.

Decir que leer es pasar la vista por lo escrito o lo impreso, haciéndose cargo del valor y significación de los caracteres empleados, pronúnciense o no las palabras representadas por estos caracteres sabe a poco.

Hay mucha más luz en esta sencilla confesión de Vicente Aleixandre: 'Nací a la luz, e incluso a los libros, en Málaga —otro modo de nacer— porque allí aprendí a leer, que es el segundo nacimiento' ⁶.

Leer, lo sabemos bien, no sólo es descifrar graffias o entender un texto; es más, mucho más: es el desarrollo de la sensibilidad, del gusto, de la imaginación, de la fantasía, de la creatividad. Es una forma de entender más y mejor el mundo entorno y los múltiples mensajes que nos rodean. Es el desarrollo de la comprensión y de la percepción. Es llenar de posibilidades nuevas e inusitadas a los más pequeños para

⁵ Cf. Cervera, J., 'Presencia de la Literatura en Preescolar y en EGB', en *Educadores* 150 (1989) 259-273.

⁶ Sans Vila, J., *Desvelando palabras dormidas* (Sígueme, Salamanca 1979) p. 133.

que en el futuro sepan valerse por sí mismos, sean más libres, más conscientes, más ellos mismos. Leer no sólo es un arma de trabajo —sé que hago mal al decir «arma», cuando de hecho tenía que decir «alma»—; es también arma-alma de defensa. Leer y hablar y, por tanto, pensar, van tan íntimamente unidos, que la despreocupación por la lectura lleva parejo una mutilación en la expresión oral y escrita.

Muchos padres, sobre todo en los ambientes rurales y en muchos barrios periféricos de las grandes ciudades, se han conformado con que sus hijos sepan leer, escribir y contar. Aquello que escribe M. de Unamuno en el *Maestro de Carrasqueda* y que le decía el pueblo al bueno de D. Casiano: —«¡Señor maestro, enseñe el Catecismo a los niños, y luego, si hay tiempo, a leer y escribir y déjese de andróminas!»⁷—, sigue estando aún presente en ciertas mentalidades. Con tal que se aprueben Lengua y Matemáticas va bien la cosa. Lo de rezar ya importa menos... como si el cultivo del «misterio» y de la «admiración sorpresiva» no fuese parte esencial en el proceso educativo. Por eso, todo lo que se haga por la lectura es poco, porque no sólo es cuestión de comprar libros, almancenarlos y enseñarlos a las visitas cuando lleguen a casa.

De ahí que la gran preocupación de los educadores, y no digamos de los padres, deban de ser los dos últimos grupos señalados: los lectores obligados y los malos lectores, que casi vienen a ser lo mismo. Todas las técnicas utilizadas serán pocas; todas las animaciones y estrategias serán insuficientes; todo el entusiasmo y esfuerzo que se dediquen en torno al libro y la lectura no caerán en terreno baldío. La labor es ardua e ingrata, pero nada se pierde. Todo termina floreciendo.

Los esfuerzos que están haciendo los educadores, los colegios, los profesores de Lengua y Literatura, con ayuda de la Administración y de las editoriales (que no dejan de tener una visión mercantilista) son ímprobos, aunque aún se puede hacer más. La asistencia a cursos de Literatura infantil y juvenil, a dinámicas, ferias del libro, a congresos, son claro síntoma de sus deseos de renovación y capacitación para una mejor educación lectora y escritora, pues no se trata sólo de leer y releer, sino también de escribir. Cada día se constata cómo la calidad literaria de la escritura es fatal a consecuencia de una baja valoración de la sensibilidad literaria, por la poca lectura, por considerarse pérdida de tiempo. Por suerte, el Diseño Curricular Base ha integrado, aunque insuficientemente, la Literatura Infantil y Juvenil, en especial la Narrativa; el folklre, los cuentos, las fábulas y leyendas, dejando un poco de lado a la Poesía y más aún a la Dramatización, considerándola como parte integrante del «área dinámica y de expresión», cuando de hecho no puede separársela del desarrollo de la Lengua y de la Literatura. Pero éste es otro asunto que no es momento de desarrollar, pues nuestro interés no está ahora centrado en los educadores, monitores de tiempo libre, profesores, trabajadores sociales o animadores culturales.

7 Unamuno, Miguel de, *El maestro de Carrasqueda*, Obras Completas, IX, p. 183.

Son nuestra preocupación los padres, la familia. En los años pretéritos —como ya he apuntado—, los intereses y esfuerzos por parte de la Administración y, sobre todo de las editoriales, han estado dirigidos a los profesionales de la educación, a los centros de enseñanza, a la creación y dotación de bibliotecas, de tal forma que entre los años 1983-87 se habló del «boom» de la Literatura Infantil y Juvenil con cifras espectaculares en cuanto al número de títulos editados cada año, más de 7.000 y que, por suerte, ha descendido estos dos últimos años, volviendo a tomar un cauce más normal y depurado de tanto «éxito editorial» como nos querían hacer ver o hacer leer, cuando la realidad de la calidad literaria era muy otra.

Es a los padres a quienes han de ir orientados ahora los esfuerzos y la toma de conciencia. Ellos son, deben ser, los primeros interesados en que sus hijos sean más, sepan más, disfruten más de sus posibilidades lectoras. Son ellos quienes tienen que descubrir el mundo ilimitado de fantasía, entendimiento, creatividad, desarrollo de capacidad dormidas que les abre la lectura y la literatura a sus hijos. Son ellos quienes van a sufrir más directamente las deficiencias de sus hijos. Son ellos los que van a gozar viendo cómo sus hijos disfrutaban con un libro entre las manos, que no siempre tiene que ser específicamente literario o de texto. Serán ellos los primeros que un día comprobarán cómo sus hijos aprendieron a leer el «gran libro de la vida», porque han ido cotejándolo con otros libros y otros intereses, gustos, aficiones y llamadas. Serán los padres los que directamente percibirán cómo sus hijos aprenden a «leerse a sí mismos», cómo reaccionan y se conocen. Se percatarán cómo sus hijos aumentan su caudal de conocimientos, cómo van poseyendo el instrumento clave para comprender, domeñar y expresar su rico mundo interior de emociones, sentimientos e ideas: *la palabra*. La palabra viva, transmitida, comunicada en la intimidad del afecto con los libros, con los demás, con su propia creación literaria.

Al igual que Vicente Aleixandre, la exquisita escritora M. Yourcenar pone en boca del Emperador Adriano:

«El verdadero lugar de nacimiento es aquel donde por primera vez nos miramos con una mirada inteligente; mis primeras patrias fueron los libros. Y, en menor grado, las escuelas. Las de España se resentían del ocio provinciano. (...). Los métodos de los gramáticos y los retóricos eran quizá menos absurdos de lo que yo creía en la época en que me hallaba sometido a ellos. La gramática, con su mezcla de regla lógica y de uso arbitrario, propone al joven las primicias de lo que más tarde le ofrecerán las ciencias de la conducta humana, el derecho o la moral, todos los sistemas donde el hombre ha codificado su experiencia instintiva»⁸.

¡Cómo deseáramos que se volviese a la estima de la «palabra» tan deteriorada, maltratada y despreciada, frente a la supervaloración del número, de la cifra, de la estadística! Es en la familia, primera escuela

8 Yourcenar, M., *Memorias de Adriano* (Edhasa, Barcelona 1982) p. 34.

de la «oratura» (no de la oratoria, propia de especialistas) donde desafortunadamente más se infravalora la palabra frente al número: «Aprende bien las matemáticas, hijo mío que ellas son las que valen». Los resultados no se hacen esperar: el hijo no sabe redactar una solicitud para pedir un simple trabajo; no sabe escribir una carta o hablar unos minutos sobre un tema.

Es en esa primera escuela de «oratura» (la familia) donde se dan los primeros pasos para la posterior «literatura», para el gusto por la palabra escrita. Primero oír; después leer. Deben los padres hablarle al niño; contarle historias, leyendas, cuentos, muchos cuentos. Leerles desde muy temprana edad libros de imágenes. Sentarles en su regazo y hablarles hasta la saciedad. No sólo contarles historias inconexas —a veces en tonos excesivamente ridículos— para ir dándoles una cucharada tras otra, sino también contárselas por el placer enorme que ellos sienten al escuchar la palabra viva; contemplar los gestos faciales; seguir los movimientos de las manos. Un niño bien alimentado sólo con los mejores alimentos crecerá sano físicamente, pero si no tiene el rico complemento de la palabra, de las mil y una historias, de los cuentos y canciones, de los trabalenguas y las rimas, etc., crecerá enfermo de fantasía, imaginación y creatividad. «Hormona psíquica» llamaba Ortega y Gasset a la fantasía que todos necesitamos para crecer y desarrollar nuestro rico mundo interior. Cuentos, mitos, muchos mitos, muchas leyendas son lo que necesitan los hijos. Menos juguetes silenciosos, mecánicos e individuales y más palabras vivas, más historias, más hadas, más ogros y brujas...

Sigue diciéndonos Ortega:

«¿Qué sería no ya del niño sino del hombre más sabio de la tierra si súbitamente fueran aventados de su alma todos los mitos eficaces? El mito, la noble imagen fantástica es una función interna sin la cual la vida psíquica se detendría paralítica. Ciertamente que no nos proporciona una adaptación intelectual a la realidad. El mito no encuentra en el mundo externo su objeto adecuado, pero en cambio suscita en nosotros las corrientes inducidas de los sentimientos que nutren el impulso vital, mantienen a flote nuestro afán de vivir y aumentan la tensión de los más profundos resortes biológicos»⁹.

Y de repente se oye una voz:

«—Pero, ¿y la educación para la realidad?».

¡Ah, la realidad! No, no se me olvidaba. ¿Es que acaso la realidad no es otro cuento? «¡Menos fantasía y más realidad!», claman los positivistas, fenomenólogos y pragmáticos educadores. ¿Es que acaso hay algo más fantástico que la realidad? En fin, la realidad... Dejémosla ahí, que ya se impondrá por sí misma sin necesidad de que nosotros urguemos más en ella.

⁹ Ortega y Gasset, J., 'El Quijote en la escuela', OC, *Revista de Occidente* (Madrid 1966) t. II, pp. 295 y ss.

Padres, ¡primero, contadles cuentos; recitadles poemillas y canciones, rimas disparatadas, retahílas y trabalenguas; historias inventadas llenas de miedos, terrores y sustos; dadles finales felices; enseñadles a valorar el mundo. Después, leedles cuentos, libros de aventuras, más y más cuentos! Ya sé que es cansado y caro ¡muy caro!, pero, la inversión ¡merece tanto la alegría...!

Dice Christa Meves:

«La narración y la lectura de cuentos ofrece una oportunidad única de contacto entre el niño y el adulto. Por ello es necesario narrar despacio con el objeto de darle al niño la oportunidad de que interrumpa y haga preguntas. Es muy importante el responder a esas preguntas con mucho cuidado y prestando mucha atención pues, dado que los niños se identifican con el héroe o la heroína de la historia, mediante esas preguntas y observaciones entreveladas nos están suministrando sin saberlo, una información acerca de su talante interior, sobre su manera de pensar y sobre sus problemas.

Los niños que viven nuestra vida moderna necesitan estas formas de convivencia reflexiva mucho más que cualquier otra generación de las que los han precedido»¹⁰.

De la palabra oída a la palabra escrita. Después los hijos pasarán a la lectura personal. Leerán en voz alta para oírse a sí mismos (hacia los 5 o 6 años) y demostrar con orgullo el dominio de sus destrezas, el deseo de valerse por sí mismos y no necesitar ya de su madre, de su padre, de su hermano mayor o de la abuelita. El día que contemplen a un hijo en su habitación o tirado en el suelo de la sala de estar leyendo un libro en solitario, habrán ganado un lector... Vayan, pues, preparando el bolsillo. La sed de lectura no es fácil de saciar.

Tengo en Bilbao una familia amiga con cuatro hijos: Zigor de 12 años, Lander de 10, Naroa de 5 y Alize de 2. Zogir es un empedernido lector; su capacidad para abstraerse es enorme en cuanto tiene un libro en sus manos. Sus notas son estupendas, sus reflejos dialécticos e irónicos son de una rapidez inusitada. Lee, devora y, además, es un gran futbolista. Lander sigue los mismos pasos: vivaz y atento; como una esponja absorbe todo lo que oye; lee y relee todo lo que cae en sus manos; juega al baloncesto estupendamente; tiene unas notas magníficas y lo más curioso: todas las noches lee unos cuentos o los que él se inventa sobre unos libros de imágenes a sus hermanas más pequeñas. Pero Naroa comienza a resistirse: ya lee por su cuenta y te demuestra con satisfacción su inicial dominio de la lectura. Y lo más significativo de todo es que Alize, desde que tenía año y medio, nada más entrar por la puerta de su casa, iba tambaleándose a su cuarto, traía a rastras un libro y se sentaba en mi regazo para que comenzase a leerle el cuento. No ha fallado en este recibimiento desde hace seis meses. ¡Genial! Ninguna pelea a la hora de acostarse; cada uno con su libro, con su cuento o esperando a que se lo cuenten... ¡y a dormir! Claro, su madre desde

¹⁰ Meves, Ch., *Los cuentos en la educación de los niños* (Ed. Sal Terrae, Santander 1978) p. 115.

los primeros meses «cultivó la palabra» en ellos; después, ellos mismos han seguido buscándola de forma escrita. Su padre lee menos, pero no pone ninguna objeción —que no es poco— a ver mermado su sueldo con la compra de nuevos libros. No, no es una familia atípica. Tampoco son ricos. Ella es maestra; él, empleado de banca.

En Chile, Raúl, hijo de mis amigos Cecilia y Raúl, cuando tenía 8 años y descubrió y leyó varios libros de la colección los «Barcos de vapor» de ed. S.M., le decía, no sin pena, a su madre: «—Mamá, ¿qué voy a leer cuando se acaben estos libros?». Sus padres leen mucho.

5. PERO, ¿SOLO LIBROS... Y SOLO DE LITERATURA?

El ya clásico, mil veces citado en todos los ensayos de Literatura infantil y juvenil Paul Hazard, dice:

«Habituar a los jóvenes, a los niños, a considerar el libro como inseparable de su vida: ahí está lo esencial del problema... El amor al libro supone una comparación entre los placeres fáciles y los placeres delicados con una elección decidida por los segundos, una cierta personalidad, un cierto sentido del esfuerzo, cierto gusto del recogimiento, de la reflexión, la resistencia a la trepidación que ha venido a ser el ritmo de nuestra vida; en resumen, toda una actitud moral. He aquí por qué el problema de la defensa del libro es, en primer lugar, un problema de educación»¹¹.

A la pregunta «¿sólo libros y sólo de literatura?», la respuesta es rotunda: no. La vida es más que los libros. Los libros aclaran, corroboran, amplían, confirman, ayudan y, a veces, confunden. Con bella precisión el Emperador Adriano reflexiona:

«Como todo el mundo, sólo tengo a mi servicio tres medios para evaluar la existencia humana: el estudio de mí mismo, que es el más difícil y peligroso, pero también el más fecundo de los métodos; la observación de los hombres, que logran casi siempre ocultarnos sus secretos o hacernos creer que los tienen; y los libros, con los errores particulares de perspectiva que nacen entre sus líneas. He leído casi todo lo que han escrito nuestros historiadores, nuestros poetas y aun nuestros narradores, aunque se acuse a estos últimos de frivolidad; quizá les debo más informaciones de las que pude recoger en las muy variadas situaciones de mi propia vida. La palabra escrita me enseñó a escuchar la voz humana, un poco como las grandes actitudes inmóviles de las estatuas me enseñaron a apreciar los gestos. En cambio, y posteriormente, la vida me aclaró los libros»¹².

11 Hazard, P., *Los niños, los libros y los hombres*. Cita tomada de Cervera, J., *La literatura infantil en la Educación Básica* (Cinzel-Kapeluz, Madrid 1984) p. 22.

12 Yourcenar, M., op. cit., p. 23.

Parafraseando a Christa Meves que nos habla del valor incalculable de los cuentos para el desarrollo anímico y espiritual de la vida de los niños y de los hombres, cuando nos dice: «El hombre moderno corre el peligro de cegar con cemento los manantiales de la profundidad»¹³, defendemos el libro y, en este caso, el de literatura creativa, artística, justamente para no cegar los manantiales de la profundidad en las nuevas generaciones; para no perecer ahogados. Juan Cervera nos señala:

«Precisamente porque tenemos fe en el libro, en concreto en el libro para niños y en su capacidad educativa y regeneradora, creemos que vale la pena plantearse con espíritu crítico cuanto a él se refiera.

En consecuencia el libro en modo alguno tiene que ser 'objetivo final' sino 'punto de partida' igual que otros recursos educativos. Lo mismo cabe decir de la lectura y de la literatura»¹⁴.

La vida, siempre la vida. El gran libro de la vida, del universo, de la naturaleza, del arte, de la música, de los demás, de uno mismo... Dejemos una vez más hablar a H. Hesse:

«Los libros no están ahí para hacer aún menos independientes a las personas dependientes y tampoco para proporcionar una vida ficticia y barata a las personas incapacitadas para la vida. Todo lo contrario: los libros sólo tienen valor cuando conducen a la vida y la sirven y le son útiles, y cada hora de lectura que no produce al lector una chispa de fuerza, un presagio de rejuvenecimiento, un aliento de nueva frescura, es tiempo desperdiciado (...). La lectura disipada e irreflexiva es como un paseo por un paisaje hermoso con los ojos vendados. Tampoco hay que leer para olvidarnos de nosotros mismos y de la vida cotidiana, sino todo lo contrario: para volver a asir, tanto más conscientes y maduros con mano firme las riendas de la vida»¹⁵.

6. ULTIMO (Y UNICO) CONSEJO

Yo no tengo hijos. No sé, por tanto, si lo que aquí he señalado sirve para algo. Sólo sé que mi madre me contó muchos cuentos, la mayoría inventados por ella, historias familiares, viejas leyendas, cosas del pasado. Quien cuidaba de nosotros nos narró muchos cuentos clásicos y de hadas, nos leyó muchas historias, nos enseñó rimas y poemas, nos inició en la dramatización. En vacaciones, mi tía Rosi reunía entorno a sí a toda la sobrinada, más de 20 primos, y nos contaba interminables cuentos maravillosos inventados por ella misma. Más tarde pude/pudimos leer los cuentos oídos. En mi casa siempre hubo miles de tebeos, libros de aventuras, de leyendas, de biografías. Mi casa, situada en un

¹³ Meves, Ch., op. cit., p. 118.

¹⁴ Cervera, J., op. cit., p. 24.

¹⁵ Hesse, H., op. cit., pp. 79-80.

cruce de carreteras era «casa de comidas y hospedaje»; lugar de encuentro de viajeros, vendedores, gentes de paso, vagabundos y mendigos, grupos de teatro ambulante, de titiriteros y recitadores...; allí oía todo tipo de cosas, que con avidez de niño despierto, alimentaron mi imaginación y fantasía. Además, cerca de mi casa estaba la primera biblioteca pública del valle, Biblioteca «Lope de Vega», sita en la casa donde presumiblemente nació Lope de Vega. A los once años tuve mi primer carnet de socio de la biblioteca al precio de 10 ptas. mensuales, cuya cuota pagué dos o tres meses y cuyos libros seguí leyendo semanalmente durante años. También el Cine contribuyó mucho a forjarme una cosmovisión infantil hartamente rica en motivaciones. Sin los libros de entonces, las lecturas hasta la media noche, las películas, los ensueños y los primeros escritos —aún recuerdo los inicios de mi primera novela de hojas de papel de estraza cosidas con hilo de bramante—, no sé qué hubiera sido de los presentes derroteros ¿literarios?

Por eso, sólo una orientación, que no aconsejo, para padres y educadores en este ámbito de la «animación a la lectura»: la única técnica válida para suscitar en los más jóvenes el entusiasmo lector, el gusto por los libros, es —como ha sido siempre— el ejemplo, es decir: que ellos te vean leer; que perciban que la lectura en ti no es ejercicio inútil sino algo que te renueva, te hace más humano y sensible, más capaz para la cultura, la creación, la proximidad humana; que los más jóvenes vislumbren una mayor riqueza lingüística y expositiva, un dominio veraz de la palabra viva y auténtica; que sientan el entusiasmo y el fervor, sin pedantería de erudito cursi y a la violeta, con que uno lee un poema, habla de un libro, conoce y respeta a un autor, cita —con algún error de perspectiva, que es una secreta corrección, como diría J. L. Borges— algún verso de memoria, una idea o un párrafo de un autor preferido; que te sorprendan rebuscando en una librería; que noten la simbiosis íntima entre tu persona y un libro; que intuyan que no eres del todo el mismo después de haber leído tal o cual libro y que saliste de él, al terminarlo, con deseos de transmitirlo y compartirlo; que se admiren y asombren de que tu medio natural de vivir y ser amigo suyo —es decir, padre o educador— es con un libro entre las manos, aunque los años marquen una prudente distancia; que sean capaces de entender que uno de los mejores regalos que puedes hacerles y pueden hacerte es el de un buen libro. No conozco mejor método: transmitir el entusiasmo lector; esperar un tiempo a que lo comprendan y asimilen; aguantar su, a veces, rechazo inicial y esperar, esperar... Una vez más viene en mi ayuda H. Hesse:

«Lectura sin amor, ciencia sin respeto formación sin corazón, es uno de los peores pecados contra el espíritu»¹⁶.

Todas las demás técnicas, animaciones, estrategias, dotaciones, paneles, exposiciones, ferias, cursillos, libro-forums, contactos con el autor, creación de cuentos, talleres de poesía y dramatización, jorna-

¹⁶ Hesse, H., *ibid.*, p. 83.

das, juegos creativos y participativos, reconstrucciones, concursos y ese largo etcétera que todos conocemos, ayudan; ayudan ¡y mucho!, pero no son la panacea.

Lo más eficaz, lo contagioso y animante para los niños y jóvenes es que vean a sus padres, maestros y profesores, leyendo. Pero leyendo algo que ayude a la formación humana; es decir, a la confianza en uno mismo, al sentido de la propia personalidad. Los niños y jóvenes, con su habitual perspicacia, pronto perciben la calidad de quien les dice: «tenéis que leer más» como obligación de adulto, sea padre o educador, o quien les dice: «¿Qué os parece si leemos juntos...? Intentémoslo».

Termino para dejar paso a «un cuento para padres» de un escritor argentino, M. Menapace, que tampoco tiene hijos, pero que desde su monasterio «padrea» a muchos que a él acuden en busca de una palabra reconfortante que les acompañe en medio de la aridez de la vida. Y termino, repito, de la mano de quien en los años de mi primera juventud me acompañó durante muchas tardes de verano y noches ociosas y a quien considero —lo mismo que otros muchos jóvenes— con distancia respetuosa y no menos actitud crítica, maestro de vida: Hermann Hesse:

«Con la lectura ocurre como con todos los demás placeres: se hace tanto más profunda y duradera cuanto más intensa y afanosamente nos entregamos a ella. Para el buen lector, leer un libro es conocer la esencia y el modo de pensar de una persona extraña, intentar comprenderla y, en lo posible, ganar su amistad.

Según mi experiencia, no hay mejor propósito para las vacaciones que el de no leer ni una sola línea, y luego, nada más hermoso que ser infiel a ese propósito con un libro verdaderamente bello»¹⁷.

7. UNA TAREA (7 LIBROS) Y UN CUENTO

A pesar de que páginas atrás apunté como fracaso del «hábito lector» el convertir la lectura en «una tarea», no me resisto a ser infiel a esa formulación y aconsejar 7 libros, sólo 7, que los padres, inicialmente, deberían leer como la mejor manera de iniciar la estrategia de lectura familiar. No son los mejores libros, pero... te dejan el corazón lleno de ternura:

— Ursula Wölfel, *Zapatos de fuego y sandalias de viento* (Ed. Noguer).

— Michael Ende, *Momo* (Ed. Alfaguara).

— Carmen Kurtz, *Veva y Veva y el mar* (Ed. Noguer).

— J. L. Sampedro, *La sonrisa etrusca* (Ed. Alfaguara).

¹⁷ Hesse, H., *ibid.*, pp. 81-83.

— J. M. de Vasconcelos, *Mi planta de naranja-lima* (Ed. El Ate-
neo).

— J. L. Martín Vigil, *Habla, mi viejo* (Ed. S.M.).

— Roal Dahl, *Matilda* (Ed. Alfaguara).

En fin, no son 7, han salido 8 libros. Mejor.

Y el cuento: *Los dos burritos*

«Erase una vez una madre —así comienza esta historia encontrada en un viejo libraco de vida de monjes, y escrita en los primeros siglos de la Iglesia—. Erase una vez una madre —digo— que estaba muy apesadumburada, porque sus dos hijos se habían desviado del camino en que ella los había educado. Mal aconsejados por sus maestros de retórica, habían abandonado la fe católica adhiriéndose a la herejía, y además se estaban entregando a una vida licenciosa desbarrancándose cada día más por la pendiente del vicio.

Y bien. Esta madre fue un día a desahogar su congoja con un santo eremita que vivía en el desierto de la Tebaida. Era éste un santo monje, de los de antes, que se había ido al desierto a fin de estar en la presencia de Dios purificando su corazón con el ayuno y la oración. A él acudían cuantos se sentían atormentados por la vida o los demonios difíciles de expulsar.

Fue así que esta madre de nuestra historia se encontró con el santo monje en su ermita, y le abrió su corazón contándole toda su congoja. Su esposo había muerto cuando sus hijos eran aún pequeños, y ella había tenido que dedicar toda la vida a su cuidado. Había puesto todo su empeño en recordarles permanentemente la figura del padre ausente, a fin de que los pequeños tuvieran una imagen que imitar y una motivación para seguir su ejemplo. Pero, hete aquí, que ahora, ya adolescentes, se habían dejado influir por las doctrinas de maestros que no seguían el buen camino y enseñaban a no seguirlo. Y ella sentía que todo el esfuerzo de su vida se estaba inutilizando. ¿Qué hacer? Retirar a sus hijos de la escuela, era exponerlos a que suspendidos sus estudios, terminaran por sumergirse aún más en los vicios por dedicarse al ocio y vagancia del teatro y el circo.

Lo peor de la situación era que ella misma ya no sabía qué actitud tomar respecto a sus convicciones religiosas y personales. Porque si éstas no habían servido para mantener a sus hijos en la buena senda, quizá fueran indicio de que estaba equivocada también ella. En fin, al dolor se sumaba la duda y el desconcierto no sabiendo qué sentido podría tener ya el continuar siendo fiel al recuerdo de su esposo difunto.

Todo esto y muchas otras cosas contó la mujer al santo eremita, que la escuchó en silencio y con cariño. Cuando terminó su exposición, el monje continuó en silencio mirándola. Finalmente se levantó de su asiento y la invitó a que juntos se acercaran a la ventana. Daba ésta

hacia la falda de la colina donde solamente se veía un arbusto, y atada a su tronco una burra con sus dos burritos mellizos.

—¿Qué ves? —le preguntó a la mujer, quien respondió:

—Veo una burra atada al tronco del arbusto y a sus dos burritos que retozan a su alrededor sueltos. A veces vienen y maman un poquito, y luego se alejan corriendo por detrás de la colina donde parecen perderse, para aparecer enseguida cerca de su burra madre. Y esto lo han venido haciendo desde que llegué aquí. Los miraba sin ver mientras te hablaba.

—Has visto bien —le respondió el ermitaño—. Aprende de la burra. Ella permanece atada y tranquila. Deja que sus burritos retocen y se vayan. Pero su presencia allí es un continuo punto de referencia para ellos, que permanentemente retornan a su lado. Si ella se desatara para querer seguirlos, probablemente se perderían los tres en el desierto. Tu fidelidad es el mejor método para que tus hijos puedan encontrar el buen camino cuando se den cuenta de que están extraviados.

Se fiel y conservarás tu paz, aun en la soledad y el dolor. Diciendo esto la bendijo, y la mujer retornó a su casa con paz en su corazón dolorido»¹⁸.

Y después dicen que la vida la mecén con cuentos...

SUMMARY

In this article some pedagogical contributions are proposed on «reading in the family circle». An attempt is made in this way to give a response to the preoccupation for reading and children's and young people's literature so common among educators. After describing the different types of «child readers» he comes to insist upon the distinction between «reading, thinking, living». Life is more than books. This life is also transmitted by anecdotes, stories, family histories, legends... through which are passed on an experience and a sense which builds up the child's personality.

18 Menapace, M., *Cuentos rodados* (Ed. Patria Grande, Buenos Aires 1986) pp. 15-17.